

COMENTARIO DE LIBROS

KVALE, S. (ED.) (1992).
PSYCHOLOGY AND POSTMODERNISM.
LONDON: SAGE, 230 PÁGS.

Por Jaume Sebastián Capó
Port de Pollença (Mallorca)

En su introducción como coordinador de esta reciente e interesante recopilación de trece “ensayos postmodernistas”, Steinar Kvale llama la atención sobre la ruptura con el pasado en cuanto al objeto de la psicología. Existe más bien un decentramiento del *self*; una desviación desde el interior de la psique hacia el texto del mundo, con un énfasis especial en el conocimiento práctico y localizado. Se conceptualiza al postmodernismo como muerte del sujeto y consiguiente desaparición del agente autónomo e intencional como fundamento de la psicología y la educación. La investigación psicológica al uso no sirve a los psicoterapeutas contemporáneos y éstos se ven obligados a construir un segundo cuerpo de conocimientos. Se caracteriza al postmodernismo como ideología del capitalismo consumista, lo cual fomenta una actitud de resignación. Se abandona el empeño de cambiar el mundo real y se reemplaza éste por un juego de significaciones y simulacros. Se llega a ridiculizar a la psicología como auxiliar de la policía, con el agravante de que las orientaciones dinámicas y humanistas constituyen la rama secreta de un complot policial (Richer). La investigación deja de estar centrada en el método para limitarse a una especie de práctica discursiva. Semejante proceso indagatorio está incrustado en una situación concreta y local, lo cual convierte la investigación psicológica postmodernista en una práctica negociada. El *self* existe merced a su relación con otros como parte del texto del mundo. Sólo queda un individuo anónimo sometido al juego de la estructura y al poder de la narrativa.

En el primer ensayo propiamente dicho, K.J. Gergen (“Hacia una Psicología Postmoderna”) destaca el hecho de que los constructivistas cuestionen la existencia de un mundo desligado del sujeto observador y concreten su atención sobre la base social de lo que se concibe como conocimiento. Los analistas del discurso contemplan el lenguaje como un sistema de interdependencia social. Se critica el

romance de la perspectiva modernista con los fundamentos y la esencia. En cambio, para la corriente postmodernista la verdad consiste principalmente en un asunto de perspectiva y ésta, a fin de cuentas, no es sino un subproducto del intercambio social. El conocimiento factual está saturado de perspectivas y los científicos transforman las cuestiones de valor o ideología, sistemáticamente, en cuestiones técnicas (Habermas). Para el postmodernista la comprensión del mundo se convierte en una aprehensión de la historia textual. Se recurre a la idea de Foucault de que los temas descriptivos resultan inseparables de los asuntos de poder. Surge así un renacimiento del estudio de la retórica, ya que la comprensión del carácter retórico de los informes científicos se traduce en una aprehensión de las bases de su poder. Los procesos sociales conforman un discurso sobre el mundo y de este discurso emanan las consiguientes reglas retóricas. Se critica a la gran narrativa del progreso modernista, rechazándose tanto el concepto de verdad absoluta como toda investigación que pretenda alcanzarla. Más que la tecnología, se menosprecia la interpretación que se hace de ella, defendiendo un estudio crítico del “dar por sentado” y sus efectos restrictivos. Hay que participar activamente en la construcción de la cultura a través del mismo discurso y de la transformación de éste. El desafío del psicólogo postmoderno sería “expresar lo que puede ser” antes que describir “el que es”.

Según S. Kvale (“Psicología Postmoderna: ¿Una contradicción lógica?”), el pensamiento postmoderno se caracteriza por una pérdida de fe en un mundo objetivo y por una incredulidad hacia las meta-narrativas de legitimización. En una especie de giro neo-pragmático, el conocimiento se convierte en una habilidad para llevar a cabo acciones eficaces. El foco se dirige hacia la construcción social y lingüística de una realidad perspectival. Se accede a un relativismo contextual donde la legitimización de la acción es el resultado de la práctica lingüística y de la acción comunicativa. El mundo postmoderno se caracteriza por un cambio incesante de perspectivas, sin ningún encuadre de referencia subyacente y con una proliferación de horizontes en perpetuo cambio. Lejos de reflejar la realidad, el lenguaje y el conocimiento *crean* la misma realidad. Ya no utilizamos el lenguaje; el lenguaje es nuestro dueño. El lenguaje habla a través de la persona. El individuo queda así reducido a un mero transmisor de la cultura a través del lenguaje de ésta. La apariencia se convierte en esencia. El sujeto individual queda disuelto en estructuras lingüísticas y en conjuntos relacionales (el yo como red-de-relaciones). Ya no existe correspondencia con una supuesta realidad objetiva sino sólo negociación de significados. Tal vez la psicología postmoderna sólo refleja un puro y simple consumismo.

Para J. Shotter (“Entrar en contacto: La meta-metodología de una ciencia postmoderna de la vida mental”) el lenguaje cesa en su supuesta función de representar la realidad pasando a coordinar la diversificada acción social. Dicha función representacional opera desde el interior de un conjunto de relaciones sociales lingüísticas constituidas. Se defiende una ciencia capaz de ironizar sobre

sus propios enunciados. Aunque podamos aducir razones para optar por un modo concreto de existencia sobre otros, ninguna forma de existencia es en sí misma la mejor.

Michael (“Sujetos postmodernos: Hacia una psicología social transgresora”) sostiene que una vez adoptada “la posición postmoderna, sea como lector de textos o como profesional de la psicología social, se dispone de múltiples lecturas/interpretaciones, incluyendo las modernistas modificadas. Si, desde la postmodernidad podemos transgredir la dicotomía postmodernista/modernista, entonces se hace también posible trascender la priorización de lo social. Desde una teoría actor-red (“*actor-network theory*”), este autor defiende que una psicología social postmoderna transgresora debe ocuparse también de rol de lo “real” y de lo “natural” en vez de limitarse al estudio de la “construcción social”. La perspectiva actor-red descansa sobre tres supuestos: agnosticismo generalizado (imparcialidad analítica acerca de los actores implicados en la controversia), simetría generalizada (utilización de un vocabulario para comprender y explicar los puntos de vista contradictorios de los actores), y asociación libre (repudio de distinciones aprioristas entre lo social y lo natural). La identidad debería contemplarse como producto de una red heterogénea de actores, tanto “sociales” como “naturales”. Ello representaría algo así como el giro postmoderno vuelto sobre sí mismo.

P. Lather (“Postmodernismo y ciencias humanas”) presenta a la ciencia como uno entre muchos juegos de la verdad. Las cuestiones que planteamos a los sucesos no nos dan hechos sino construcciones de hechos. La ciencia no sólo nos llega cargada de valores sino que, además, los van constituyendo. Debemos reflexionar sobre la forma en que construimos lo que estamos investigando. Además, ningún discurso está libre de una voluntad de dominio nietzscheana ni de poder del lenguaje para organizar nuestro pensamiento y nuestra experiencia. No podemos evitar vernos engullidos por las categorías de nuestro tiempo, y la auto-reflexividad nos enseña que nuestro discurso es el significado de nuestros anhelos. El truco consiste en detectar la voluntad de poder en nuestro trabajo tan claramente como percibimos la voluntad de certeza.

Para P. Richer (“Introducción a la psicología deconstruccionista”) todo debe considerarse como efecto de las relaciones de poder y el análisis debe contemplar dicho poder en su carácter circulatorio. Los individuos y las clases son los vehículos del poder y no su fuente (Foucault). El deconstruccionismo apunta más hacia la destrucción que hacia la construcción. Se propone debilitar sistemas que, en su auto-complacencia y seriedad, producirían efectos cada vez mas totalizantes y totalitarios. No hay que conceder ningún privilegio a ningún centro. La interpretación se utiliza desde el modernismo para decir a las personas lo que éstas deben desear.

Siguiendo a Baudrillard, L. Lovlie (“Postmodernismo y subjetividad”) califica la cultura como una ilimitada proliferación de signos. La razón no viene determinada por la lógica sino por los vericuetos del lenguaje metafórico. Un lenguaje como

estructura de signos y repositorio a la vez de significados, sin referencia a los “hechos” del mundo y a las intenciones del sujeto. El significado debe encontrarse ahora en las relaciones entre los signos. Todo lo más obtenemos fragmentos (*fractals*) de razón y un individuo anónimo sujeto al juego de la estructura y al poder de la narrativa. El hombre racional esencial se transforma en un hombre postmoderno relativo, en una subjetividad como estructura de signos. El sujeto substancial se pierde en el contexto y en la creación de sus propias metáforas. Se impondría demoler la postura ideológica cosntruída sobre la idea de un sujeto epistémico situado en el centro del universo.

Young (“La psicología del *self* postmoderna reflejada en la ciencia y las artes”) proporciona una nueva visión postmoderna del hombre como sujeto relacional. Ello permitiría una recuperación de la estabilidad perdida en el proceso de radical descentración del hombre en la psicología contemporánea o postmoderna. El cultivo por este *self* relacional de los valores clásicos de la lealtad, la esperanza y el amor le ofrecerían el necesario anclaje, santuario y cordura. Young entiende así que se puede integrar lo antiguo con lo contemporáneo si se saben cultivar los valores clásicos como sendas infalibles de apertura radical hacia las relaciones estables.

La tesis de D.E. Polkinghorne (“Epistemología postmoderna de la práctica”) es que la psicología de la praxis, contrariamente a la psicología académica, se configura como una ciencia postmoderna. La realidad no es un sistema estático que subyace al flujo de la experiencia sino que constituye en sí misma un proceso de cambio continuo. La interpretación pragmática del constructivismo enfatiza el éxito práctico de los patrones cognitivos. Este neopragmatismo reconoce además la funcionalidad de los procesos cognitivos en la comprensión de las regularidades responsivas del mundo. Polkinghorne defiende también la noción de equifinalidad: el mismo fin puede conseguirse de múltiples formas. La ciencia postmoderna no busca leyes universales sino que recoge, organiza y distribuye aquellas prácticas que han producido los resultados buscados. El ámbito humano muestra fragmentación y disparidad y el conocimiento de dicho ámbito es siempre una construcción humana sin ningún fundamento seguro. Resumiendo, la terminología crítica de la epistemología de la práctica se centra sobre las metáforas de utilidad más que sobre las de corrección.

Desde una óptica analítica, L.A. Sass (“La épica de la incredulidad: El giro postmodernista en el psicoanálisis contemporáneo”) vuelve a insistir en la idea de que, para el postmodernismo, la realidad no es ningún hallazgo sino una creación. Sin embargo, Sass critica a aquellos psicoanalistas que, desde perspectivas postmodernistas, formulan interpretaciones terapéuticas de sus pacientes en función de la belleza de la coherencia interna o de la eficacia de la máxima fuerza retórica, antes que como correspondencia con la realidad externa u objetiva. No se debe pues remplazar el material por la simple secuencia psicológica, ni substituir

la búsqueda del pasado por la mera narración de historias. Basándose en la consideración feminista/postmodernista, Mary Gergen presenta una dramatización de difícil lectura, cuya finalidad estriba en desenmascarar la pretensión que se esconde tras cualquier proposición. Parafrasea a Gertrude Stein en aquello de “un texto es un texto es un texto”; la realidad está en otra parte, muda, indecible. Esta autora defiende una forma de postmodernismo más positiva, generativa antes que de-generativa. Ello sería factible mediante la proposición de posturas y prioridades feministas y el consiguiente des-enmascaramiento de actitudes post-machistas; éstas traslucen superfluidez fálica negadora de posibles conexiones, relaciones y potencialidades amoratorias.

El ensayo de S. Chaiklin (“Desde la teoría a la práctica y vuelta a empezar: contribución de la filosofía postmoderna a la ciencia psicológica”) nos recuerda que la ciencia sirve para recoger, organizar y distribuir aquellas prácticas que han producido los resultados apetecidos. Aunque los puntos de vista teóricos pueden usarse a modo de fuentes de ideas, el desarrollo teórico no parece desempeñar una función importante en la epistemología de la praxis. El postmodernismo socava así los cimientos de la psicología modernista: las características de ambas epistemologías se convierten de este modo en antitéticas. Sin embargo, ello conduce a la afirmación de que el concepto de psicología postmoderna es una contradicción en sus propios términos. Según este autor, las tradiciones culturales e históricas proporcionarían una base filosófica más firme para el desarrollo del trabajo científico que el enfoque postmodernista defendido en la obra que analizamos.

Finalmente, P. Madsen (“Postmodernismo y Capitalismo Reciente. Conceptos y realidades”). Defiende la tesis de que el postmodernismo puede considerarse como una ideología adecuada a la sociedad consumista. Sin embargo, la alegría provocada por el rechazo de la autonomía individual no puede durar siempre. De hecho representa una versión extrema de liberalismo consumista.

Podemos comprobar que este polémico volumen de última hornada postmodernista alberga en sí mismo el germen de la contradicción. No podría ser de otro modo. Son textos sin pretensiones de *gran narrativa* y que, por eso mismo, no pueden liberarse de semejante predicamento. El simple y para mí ingenuo enunciado de que el lenguaje *crea* al sujeto constituye ya por derecho propio una gran narrativa idea matriz ideológica. Ciertamente que aplicar determinados métodos de la crítica literaria al discurso social genera nuevas perspectivas para la hermenéutica humana. Verdad también que ya se hacía necesario de-construir ciertos dogmas modernistas y desmitificar prácticas enraizadas en terrenos excesivamente fertilizados. Pero pretender desde una neo-sofística la des-centración del sujeto y su conversión en un simple juego de metáforas se me antoja tan absurdo como permitir que el bebé se cuele por el desagüe de la bañera.

Más que la muerte del agente y la desaparición del sujeto autónomo cabría referirse a desgaste de viejos planteamientos, rígidos y globalizadores. Diríase que

la fiebre comunista y operativa a todos los niveles nos impide distinguir entre la superación y el olvido, o entre la asimilación y la indigestión. Como si “el dulce veneno postmodernista” -estimulante y positivo en muchos aspectos- fomentase una nueva amnesia social: un injustificado olvido de viejas pero válidas prácticas e ideas modernistas y la subsiguiente sustitución de éstas por el omnisciente carácter perspectivo de todo empeño hermenéutico. Se trata, según parece, de entronizar al Dios Discurso y de otorgar carta de naturaleza a la Diosa Retórica para poder acceder así un Olimpo Metafórico de nuevo cuño.

Nos referimos a un lenguaje que engendra sujetos pero no puede librarme de una duda angustiada. ¿Será el postmodernismo sólo un texto, precisamente porque des-confirma lo *real* y lo *natural*? ¿Por qué podemos acceder a otros ámbitos interhumanos que superan a la mera negociación de significados?

Seguramente ya no podremos alardear de sujetos epistémicos situados en el ombligo del universo, pero tampoco podemos prescindir de nuestro carácter fundamentalmente racional. Una cosa es aceptar el principio de *equifinalidad* como objetivo accesible desde múltiples procedencias. Otra cosa, muy distinta, es concienciarnos de una vez por todas que la *realidad* siempre estará en otra parte; muda e indecible. Porque las otras realidades, las nuestras, tal vez las únicas accesibles, son aquellas que creamos en cada acto dialógico.